

- "El Diario Ilustrado". —Santiago
- "La Libertad". —Talca
- "El Diario Austral". —Temuco
- "La Aurora". —Valdivia
- "El Osorno". —Osorno

NOTAS POLITICAS

Para el hombre de verdadero valor moral, el día de la derrota no es el día del desaliento, sino el día de la meditación y de las resoluciones.

Hemos sido vencidos en la jornada electoral y apenas nos levantamos del suelo en que fuimos dura y mercedamente golpeados.

No seguiremos el camino de los periodistas que en estas horas en que muchos buenos hombres sufren, queman incienso ante el vencedor; porque, aunque sea duro, es más provechoso oír la escueta verdad generalmente amarga para todos.

No es verdad que la opinión pública haya pronunciado un veredicto sobre doctrinas o rumbos de gobierno; simplemente, hay semillas que llegaron a la época de fructificar y frutos que llegaron al momento de madurar o de caer.

No ha habido mayor intervención electoral que en administraciones pasadas; eso es verdad. Pero los electores de la Unión han sido en numerosas localidades golpeados y atomizados, hasta el punto de que pueden calcularse en diez diputados los que por esta causa perdió. En seguida, diversos convenios y pactos, dictados por la economía, por el egoísmo o por la ambición, cuestan cinco diputados más. En el Senado la Unión continúa con mayoría. La opinión pública no tiene nada que hacer en esto.

Las torpezas del liberalismo.

El primer fenómeno de esta jornada electoral, claro, preciso, y concordante con nuestras mismas predicciones, es el triunfo aplastador de radicales y demócratas.

El partido liberal, que durante largos años dominó en la política, ha hecho cuanto ha podido por desaparecer en breve. Y lo va logrando con indiscutible éxito.

Las ambiciones de sus jefes, las naturales discordias entre los doce candidatos a la Presidencia de la República que lo regían, fueron entregando, en cambio de senadurías, diputaciones y más diputaciones a los aliados de la Alianza Liberal. Los radicales no tenían que hacer otra cosa que recibir y robustecerse, que extender sus asambleas en las provincias e ir cambiando a liberales con odio religioso, en radicales dispuestos a combatir a las clases dirigentes en las cuales formaban el día anterior.

Por otra parte, los radicales obtenían el libre control de la instrucción pública, con juventud pobre y despierta para la vida, buenos reclutas para la pedagogía del combate y de la envidia, iban abriendo planteles radicales en cada ciudad de mediana importancia, bajo el nombre de Liceos. Al lado del Liceo la logia recibía a los alumnos del cuarto año y les ofrecía en cambio de una dedicación juramentada al combate, ilusorias protecciones para la vida, que después han venido a inflar el presupuesto del Estado.

Como si esto fuera poco para consumir el suicidio, el gran partido liberal combinó pronto la suprema estulticia. Era indispensable atarse los pies y las manos, vendarse los ojos y arrojar-se al mar con pesada ancla para no poder reflotar ni con el esfuerzo de buzos y bombas. Se combinó en no pactar alianza alguna con los conservadores. De esta manera dejaban de ser partido político, porque la política es la persecución de las posibilidades, y aquí no quedaba posibilidad alguna que perseguir, sino para los radicales.

Además, los liberales se jactaban entonces de no querer nada con curas. Sin perjuicio de casarse con mujeres católicas, que eran las más ricas y bellas y buenas. El cura hablaba contra el robo, defendía la propiedad, consolaba al pobre y resguardaba los legítimos intereses del patrón. Pero el hacendado liberal se reía de este hombre.

Cuando llegó el 5 de Marzo de 1921, el partido histórico quiso andar y vio que no tenía piernas; se quiso restregar los ojos

para ver y vio que no tenía ni manos ni ojos.

Y entonces, como los personajes de las novelas de Pérez Escrich, "lanzó una carcajada histérica".

Pero no estaba loco, como ellos; estaba tonto.

Desidia de las clases conservadoras.

Entre los radicales y demócratas, de cincuenta hombres, uno engorda y duerme y los demás trabajan; entre conservadores y liberales, cuarenta y nueve engordan y uno trabaja. Numerosos son los hombres pudientes que dicen, hasta con orgullo, "Yo no sé nada de política; la política quita mucho tiempo; es un sport caro, bueno para los ambiciosos".

Eso se podía decir antes pero ahora no. ¡Ahora no! Desde el día en que el sufragio universal justo o injusto, racional o absurdo, es una ley soberana cada hombre tiene un deber que cumplir, deber ineludible, deber de conciencia, deber de honradez y de patria.

El ejercicio de la ciudadanía, la dinámica acción de cada hombre mayor de veintiún años, ennoblecce y dignifica la personalidad humanas, es una alta justificación de haber sido hechos a imagen de Dios, de reconocer la igualdad en las posibilidades de desplegar medios vitales propios del sexo. Nosotros no comprendemos cómo una mujer inteligente puede amar o respetar al hombre que no vota, y no le da la imperiosa dominación que se da a los neutros.

Como lo ha dicho el Presidente Harding, si las mayorías son soberanas, las minorías son sagradas. Cada miembro de una democracia tiene una partícula de gobierno; el que las arroja o la renuncia es un mentecato que ha perdido todo derecho de crítica, de examen o de censura.

Estas llamadas clases conservadoras; ¿cómo querían conservar? Exigiendo que el Estado les hiciera con renta del salitre los caminos de los fundos, pidiendo parejas de carabineros para partir la leña en el corral, abriendo o permitiendo tabernas dentro de sus predios y absteniéndose de poner esfuerzos reales en la lucha política. No eran clases conservadoras, sino **clases en conserva**.

Cuando han llegado las elecciones, han cerrado sus bolsillos, han dejado a los candidatos solos, como si ellos persiguieran una ganga personal y exclusiva, han permanecido en las playas, han excusado el trabajo en todas partes.

En el Club de la Unión, el ochenta y cinco por ciento de los dos mil y tantos miembros, no vota. En los hogares más pudientes, los hijos no hacen ni el servicio militar ni se inscriben en los registros electorales. Es inútil golpear a la puerta de muchos afortunados y orgullosos señores, para recordarles que ha llegado la hora de sacrificar algún dinero y algunas comodidades.

Mientras tanto estas cincuentas cantan en Viña del Mar, el hormiguero radical acumula provisiones para el porvenir.

Irreligiosidad general.

La observación que hemos hecho sobre la curiosa irreligiosidad pública del liberal, nos muebe a tratar un punto digno de atención. Es de todo europeo elevarse a Dios y buscar en las diversas manifestaciones de la vida, el aspecto religioso. Es de todo mestizo, indú o americano, mulato o asiático, hacer alarde de no ocuparse de religión ni de los destinos ultra-terrenos de los seres humanos.

Nuestros lectores acaban de conocer el discurso inaugural del Presidente Harding. Comienza hablando de Dios y termina hablando de Dios. ¿Comprendéis a un liberal temucano o liguano haciendo lo mismo? Harding dice humilde y solemnemente que "seguramente entró la voluntad de Dios en la creación de esta república del Nuevo Mundo", refiriéndose a la Unión.

La formación de los Estados Unidos, que es ciertamente la más grande y verdadera democracia del orbe, es religiosa y cristiana. Los peregrinos del Mayflowers se postraron de rodillas a invocar al cielo en las riberas del Massachusetts.

Este país, como tantas veces lo hemos dicho, fué formado por guerreros y frailes, conquistado con la espada y la cruz. Pero, habitaba en él una raza que no creía sino en Pillán, en el diablo. Las fuerzas de la tierra han predominado.

He aquí que la dinastía blanca de españoles que comenzó con una república en 1810, ha terminado en 1921. La raza aborigen ha surgido y, como la in-

vasión de los Hyksos en el antiguo Egipto, inicia un nuevo ciclo histórico.

No sabemos lo que haga para el gobierno; probablemente puede, después de sangrienta y larga amargura, llegar a constituir una nueva clase conservadora; pero sí, podemos decir, que el ateísmo chileno del día se acentuará más y más en el mestizaje invasor. La araucaria brotará bajo los nuevos españoles, y la cruz antigua irá quedando como insignia del pasado colonial.

La mujer chilena no quiere, no puede concebir que la religión tenga nada que hacer con la política. Necesita ver una ley de divorcio discutida en el Congreso; o bien, la expulsión de las monjas y frailes para creer que hay religión de por medio. Es meridional, es plástica, es fría, la religión está en el templo; pero no la concibe en el impuesto, en la escuela, en el ferrocarril, en la justicia. Por eso se encoge también de hombros, y deja pasar.

El mestizo hispano americano para disimular su cobardía toma aires de matón; para disimular su debilidad viril toma modales de don Juan; para ocultar su miedo al más allá se rie de la divinidad y no penetra al templo.

Y esta falta de religiosidad general, contrasta cruelmente con las hermosas palabras que acaba de decir el gran Harding en la más alta tribuna del mundo:

"He prestado mi solemne juramento sobre la parte de la sagrada Escritura que dice: ¿Qué es lo que debe hacer el hombre para llegar a su fin? Obrar justamente y con amor y caminar humildemente por el buen camino."

"Esto es lo que prometo a Dios y al país".

Defensa social.

El mismo estadista-cumbre ha expresado en este documento de viril elocuencia que "si la revolución insiste en trastornar todo orden establecido, dejemos que otros pueblos hagan el trágico experimento..."

Nosotros pensamos y debemos pensar lo mismo. Porque nosotros tenemos una libertad constitucional, porque las mayorías gobiernan y las minorías son sagradas, debemos organizarlas para defender al país sea como mayoría sea como minoría disciplinada.

Creemos que los grupos liberales de la Unión, disminuidos en cerca de la mitad, deben recontarse, estrechar sus filas y formar una sola colectividad política con jefes de mucho talento y poca ambición.

Creemos que la clase alta debe trabajar más y dar mejor ejemplo.

Creemos, en fin, que los que algo tienen que resguardar, honor, hogar, patria o hacienda, deben hacer una fuerte sacrificio.

Por lo demás, se cumplirá por los caballeros de la Unión con el deber de facilitar gobierno en las horas difíciles por las cuales atravesamos.

Y no terminaremos sin llamar la atención al hecho grave de que en el nuevo Congreso hayan entrado dos partidos nuevos:

El partido del Fuero Parlamentario; y el partido del agitador obrero.

J. Díaz Garcés.